

La odisea de una joven inmigrante en los Estados Unidos de América

Arcea Zapata Aston

Doctora en Lenguas Extranjeras, Literatura y Cultura Latinoamericana con énfasis en Poesía,
Universidad de Iowa.

Egresada, diplomado en Procesos de Lectoescritura, Cohorte 18, Centro de Recursos para el Aprendizaje y la Investigación (CRAI),
Universidad Santo Tomás, Bucaramanga, Colombia.

Correo electrónico: arcea.zapata@gmail.com



Era un día caluroso de verano en julio de 2017 cuando conocí a Blanca, la inmigrante indígena, joven, de apenas 15 años. Era algo tímida y lucía absorta ante la mirada escudriñadora y profunda de aquellos que caminaban a su lado. Parecía consumirse en una triste realidad, después de estar expuesta a violaciones y abusos por su propia familia y extraños durante el trance forzoso en busca del llamado “sueño americano”, cuando su madre la trajo en contra de su voluntad y de forma ilegal desde Guatemala hasta la frontera con México. Su cara y sus gestos mostraban la ansiedad

que le causaba el sentirse ajena en un medio que le era hostil. Su voz todavía de niña evidenciaba su realidad; apenas hablaba y casi con susurros explicaba sobre sus temores y la desgracia en la que, a sus pocos años, le había tocado vivir. Todo en ella reflejaba su desconfianza y sus miedos, no solo del mundo externo, sino también del suyo propio. Se sentía vulnerable tanto en su entorno familiar como con aquellos que supuestamente debían protegerla, incluyendo las instituciones de servicios públicos.

Ella no era ajena al estigma que lleva consigo el inmigrante cuando ingresa al país que supuestamente lo acoge y, donde permanece hasta el final, sintiéndose alienado y ajeno en ese nuevo mundo. Guardaba en sus fibras el código de su historia como mujer inmigrante que había llegado desde su país de origen, Guatemala, a los Estados Unidos de América cuando su madre la obligó a dejar a sus abuelos con los que vivía y mantenía un verdadero vínculo familiar. Según su madre había tomado esta decisión para mejorar su calidad de vida y la de su familia.

El rostro de Blanca, a pesar de su corto andar por la vida, mostraba la incertidumbre que producen los años de sufrimiento y que evidencian el dolor de las experiencias y de sus luchas, problemas de violencia doméstica, alcoholismo, drogadicción, discriminación y toda clase de dificultades que son la constante con la que crecen y viven los inmigrantes que hacen parte de un espectro de seres estigmatizados como ciudadanos de segunda o individuos señalados como ilegales e indocumentados.

Ella nunca imaginó las peripecias que se le avecinaban y menos lo que tenía que sufrir para establecerse en un medio desconocido con una lengua y cultura tan diferentes a las suyas. Se vio obligada entonces a cambiar de estrategias para sobrevivir e intentar aprender a hablar, aun con las barreras que le imponían las lenguas; a expresarse, para compartir su historia y lograr el casi imposible “sueño americano”, cada vez más esquivo que termina convirtiéndose a veces en una verdadera pesadilla.

—¿En qué piensas, niña? —le pregunté un día, al verla tan absorta.

—Me acuerdo de mi abuelita Rosa. Ella siempre me cuidaba y protegía de la jefa que me ponía a cargar sacos de maíz muy pesados para mi edad, allá en el pueblo, cuando solo contaba con seis años.

—¡Qué recuerdos tan tristes y conmovedores!

—¡Así ha sido mi vida! —Replicó.

Blanca, esa joven decidida como la mayoría de los inmigrantes mostraba en cada una de sus actitudes el temple de una mujer que buscaba una oportunidad para surgir en un medio tan hostil y en condiciones tan adversas, para así sentirse orgullosa de su pasado y, proponerse alcanzar sus objetivos.

II

Una tarde de diciembre, la joven lucía triste y desconcertada. Algo le perturbaba. Al verme me informó:

—Hoy fui a ver al doctor.

—¿Al doctor? —pregunté intrigada. —Nada grave. No hay de qué preocuparse, de aquí me tengo que ir —dijo con seguridad.

Blanca lucía pálida y pensativa.

—Él me trajo aquí y me dejó en una iglesia en Evansville.

Su comentario me impactó; la miré con miedo. Leí en su rostro demacrado el dolor que la invadía. La volví a mirar y en esta ocasión le pregunté abiertamente:

—¿Te han hecho daño? ¿Te maltrataron? Seguí preguntándole hasta que mi curiosidad venció su timidez. —¿Quién es él? De inmediato, ella se sintió atrapada, porque no quería entrar en detalles sobre su vida y menos aún, cuando acababa de llegar a ese lugar. Se limitó a mirarme con asombro, dándome a entender que no quería hablar de ese tema.

Pasados dos días, Me encontré otra vez con Blanca. Parecía un poco más tranquila. Insistí en hablar con ella:

—No temas, confía en mí.

Ella me miró ahora con confianza, dándome a entender que sí necesitaba hablar conmigo. La joven mujer vestía una falda larga y una blusa desgastada por el uso, lo cual la hacía lucir mucho mayor de lo que en realidad era; no llevaba

ningún tipo de accesorios. Y, en general su apariencia era la de una chica desprovista de la ropa adecuada para su edad. Al referirse a su forma de vestir, me comentó que la habían dejado en una iglesia pentecostal y que la obligaban a vestirse de esa manera.

En ese momento comprendí que Blanca venía de estar sumida en una situación bastante precaria, en un contexto limitado y plagado de intereses religiosos y alienantes.

Unas semanas después, cuando nos encontramos para las clases, noté que estaba absorta en sus pensamientos. Eso me causó una profunda impresión y la insté al diálogo.

—¿Cómo te sientes hoy?

—Estoy muy mal. Han sido muchas las dificultades por las que he pasado y me atormentan. No puedo dormir y me siento débil. Hay algo que me perturba y me afecta físicamente.

—¿Hay algo más que me quieres decir? Te juro que sabré guardar cualquier secreto por difícil, serio y complicado que sea —cuenta conmigo.

En ese preciso momento ella intentó ponerse de pie y levantar la cabeza con dignidad, pero le faltaron las fuerzas. Yo sentía una genuina preocupación por la situación de Blanca.

—Esta vez ¿me vas a contar todo lo que te ha acontecido? —pregunté con tono certero.

—Es demasiado. Algunos sí, pero otros son muy comprometedores, uno en especial.

—¿Es sobre él, cierto? ¿Te tiene amordazada? ¿Te amenaza? ¿Tienes miedo?

—¡Bueno...! —asintió ella.

Me puse de pie y pude ver de cerca los ojos penetrantes de Blanca y la angustia que se reflejaba en ellos. Supe en ese momento que estaba frente a un ser humano atribulado y cautivo en su soledad. Sentí un profundo dolor.

III

Entre la barbarie y la civilización

Blanca se quedó pensativa. En ese marasmo era fácil deducir que no podía expresar sus pensamientos. Según Otilia, la mujer que la encontró y libró de un mal mayor, la chica ya le había tocado vivir mucho a sus escasos años; la joven indígena le contaba acerca de su origen y procedencia, del tiempo en que vivía en el veredor de la espesa vegetación de los latifundios cafetaleros y de otros cultivos comunes en el área, donde a su temprana edad fue también víctima de la explotación generalizada a la que siempre había estado sometida la clase más vulnerable, incluyendo a grupos numerosos de niños y de adolescentes.

De acuerdo con las confesiones que a diario hacía la chica en sus charlas con la trabajadora social, encargada esta por parte del servicio de protección de menores, de su seguridad y su regularización en el país —dado que la joven era menor de edad e inmigrante—, su niñez transcurrió en esa barbarie, donde habitaba un alto porcentaje de indígenas que vivían en aquella región, una de las que presentaba mayor atraso en ese país centroamericano, donde el pueblo en su mayoría padecía necesidades básicas insatisfechas y existía una gran tasa de mortalidad infantil. Sin embargo, la joven indígena pudo sobrevivir a esa barbarie y salir de ella para entrar en la desconocida civilización, la que ahora le tocaba confrontar y que le mostraba grandes retos por superar.

A pesar de estar cobijada por el programa de protección de menores de la ciudad en los Estados Unidos, ella no parecía entender su situación y se enfocaba mayormente en el problema que aún no se atrevía a divulgar, aunque la trabajadora social le inspirara confianza. Ahora, en contraste con las difíciles condiciones que sufrió en su vida anterior, por el contrario, Blanca tenía a su alcance todos los servicios y comodidades de la civilización, pero ella no parecía superar su pasado. En este momento, disponía de un

personal de atención que lo encabezaba Otilia, quien se había encargado de liderar este grupo humano para ayudarla a encauzar su vida. Para ella el asunto rayaba en lo trascendental y tenía mucho miedo de su futuro en medio de esta civilización que la asfixiaba y que la amordazaba, impidiendo develar sus más íntimas verdades. El miedo la paralizaba tanto, que cada vez que intentaba confesar su situación, entraba en un mutismo absoluto.

Pasado unos días consideré necesario volver a hablar con Blanca para seguir ahondando en su situación.

—Ahora sí, ¿cierto?

—¿De qué me hablas? ¿A qué te refieres? Esta vez me vas a contar todo. Estoy lista para oírte —recalqué.

—¿Por qué no? —contestó ella—.

Eso me llenó de regocijo y me causó un gran alivio. Conmovida la abracé.

Blanca estalló en sollozos confesando que se sentía desgraciada. Que hubiese preferido seguir viviendo en su mundo de pobreza, pero al lado de su abuelita, que mucho la quería. Que se sentía engañada, especialmente por parte de su madre. Luego se inclinó tanto que la cabeza quedó casi sobre su abdomen, como tratando de encontrar ahí un interlocutor, mientras seguía sollozando convulsivamente.

Su discurso y su conducta me perturbaron y entendí que había problemas de fondo, originados por asuntos íntimos de su vida, su crianza y su procedencia. Decidí hablarle y, la joven tímidamente se me acercó.

—¿Podemos hablar ahora?

—Claro. ¡El recuerdo de lo que me ocurrió en esa casa, me atormenta todavía...!



—¿Cuál casa?

—Esa misma, donde me encontró Otilia, mi trabajadora social. Ella llegó allí como mandada por la fortuna, pero yo me asusté mucho. Fue traumático todo.

—¿Por qué? Estás a salvo y eso es lo importante.

—No. Esto apenas comienza. Yo no sé aun cuál va a ser mi final. Tengo miedo.

—Pero, dime: ¿Podrías contarme todo para saber cómo puedo ayudarte? —insistí.

—Sí. Voy a intentarlo, aunque a veces se me dificulta la comunicación. La gente de la iglesia me llevó a la casa donde me encontró Otilia. Y, ahí en esa casa solamente vivía Karla. Ella me obligaba a realizar todo tipo de labores domésticas. Dormía con estrechez al lado de ella en una cama pequeña, sin mucho espacio para moverme. Y, además, me obligaba a vestir como ella; me prohibía escuchar música y ver televisión. Era casi como estar prisionera.

—Y, ¿Cómo pudieron encontrarte? ¿Qué suerte...!

—Realmente, comencé a sentirme muy mal de salud y Karla me llevó al médico, en una clínica pública de la ciudad. Allí el médico que me atendió se alarmó mucho al darse cuenta de que era algo más serio y grave, puesto que yo era una menor de edad, de solo 15 años. Y, peor aún, Karla no guardaba ninguna relación consanguínea ni legal conmigo.

—¡Dios mío! —grité.

—Comprendo... Es natural que mi situación te preocupe, pero ahora debo irme, porque me comprometí con Otilia y, ella vendrá a verme dentro de un rato. Pues, hay algo muy serio y determinante sobre las decisiones que se van a tomar en relación con mi vida. Hablamos después. Ya en su cuarto, la joven indígena esperaba a su trabajadora social, quien horas más tarde, llegó con documentos e información para ella. En la

claridad de una tarde veraniega, con un sol brillante y una brisa agradable, la joven se asomaba por la ventana como intentando evadirse de la realidad que no quería enfrentar. La actitud de Otilia era contundente y decidida.

—Blanca, te tengo unas noticias comprometedoras. ¿En qué lengua prefieres que hablemos, en español o en inglés?

—Hablo un poquito de español y un poquito de inglés. En realidad, hablo mejor quiché, mi lengua indígena.

—Ah, bueno, vamos a hacer todo lo posible para ayudarte. No te preocupes. Vas a estar bien con nosotros.

La chica comenzó a llorar sin parar. Se notaba atemorizada.

—¿Qué pasó? —preguntó tímida y físicamente perturbada.

—Te vamos a sacar de esa casa donde estabas. No puedes seguir allí. Vamos a investigar todo. Hay algo irregular en lo que te ha pasado y no sabemos nada.

—¿A dónde me van a llevar?

—Te vamos a llevar a un lugar seguro. Tenemos que protegerte. Puedes estar en peligro y necesitamos asegurarnos de que nadie pueda llegar a ti fácilmente. Todo va a cambiar.

—¡Tengo miedo, mucho miedo...!

—¿Tú sabes algo? ¿Has hablado con alguien más, diferente a la gente de la iglesia o de Karla?

—No. No sé nada.

En ese momento, la chica ya parecía estar aterrorizada con lo que veía venir. Ya no quería hablar y apretaba la boca para no contestar las preguntas más elementales de la investigación. Todo hacía creer que estaba presionada o que alguien la intimidaba.

Otilia le pidió que se acercara a ella para comentarle algo serio, grave y trascendental para el resto de su vida.

—El médico nos ha informado que estás embarazada, que ya tienes cuatro meses, por lo que debes comenzar a visitar con regularidad al ginecólogo. Esto es muy serio. No entendemos como Karla, no te había llevado al médico.

La joven comenzó a llorar y pareció perder la calma. Estaba ahora incontrolable.

Otilia la calmó y le aseguró que todos la iban a ayudar y a proteger para que pudiera tener a su bebé sin ningún problema. También le iban a conseguir una profesora de español e inglés y cuando fuese necesario tendría una intérprete para las citas médicas y demás.

Lo que sigue es la historia conmovedora de lo que sucedió desde el momento en que Blanca estuvo en manos del sistema de protección de menores, hasta el instante en que tuvo su bebé y de la odisea que representó ese recorrido entre la barbarie y la civilización que vivió la inmigrante indígena en los Estados Unidos.

IV

La búsqueda

Mucha gente y muchas preguntas acosaban a Blanca constantemente, entonces se inventó una manera de afrontarlas. Así pasaban días muy difíciles para todos los involucrados en esta cadena de incertidumbre. Otilia comenzaba su faena bien temprano en el Departamento de Protección para Niños y desde el mismo momento de la llegada de la joven inmigrante, la vida se le hizo más difícil.

Cada jornada se convertía en una especie de "piscorre". Esa mañana la joven estaba muy callada. Su rostro se mostraba como si hubiese llorado toda la noche. Se acercó a la mujer que la esperaba junto con Otilia, la directora del Departamento de Protección que quería conocer a Blanca y hablar con ella directamente. La conversación fue un tanto difícil, porque la joven

no articulaba palabra alguna para responder al saludo.

—Hola, Me llamo Kendra. Quiero saber todo sobre tu situación. Nos interesa ayudarte.

Una vocecita tranquila le contestó:

—No sé nada —dijo— ¿Qué quieren de mí?

La mujer la miró con gran preocupación, pero la chica se dirigió directamente a Otilia, quien asintió con la mirada y luego se acercó a ella tratando de tranquilizarla.

—No te preocupes. Es una formalidad para comenzar la investigación.

Otilia le habló nuevamente para invitarla a participar en la charla.

—¿Quieres intentar hablar con la directora, Mrs. Johnson, directamente?

—No. No entiendo mucho inglés.

—Bueno. Yo te sirvo de intérprete.

Esto asustó muchísimo a la chica y comenzó a llorar sin parar. Las dos mujeres la llevaron luego a la oficina de La Policía donde las esperaban dos agentes de la Agencia Federal de Investigación. Blanca se sintió muy aterrorizada. Previo a la visita con los agentes, Otilia le sugirió que debía decir todo lo que ella supiera, porque esa era la única forma de ayudarla. Pero la joven no colaboró, sumiéndose en un mutismo total.

El ambiente se sentía pesado y la tensión era evidente, tanto así que la oscuridad y la desolación caían sobre la humanidad de esta joven mujer que parecía no entender la realidad de la vida en el Norte. Y, Otilia le insistía a ella que era necesario hablar con la verdad. Todos temían y pensaban que estuviera encubriendo a alguien, pero ella negaba tajantemente esa posibilidad.

Todos esperaban la entrevista con las autoridades locales para encausar la suerte de la chica y averiguar las razones, la forma y quienes la trajeron al país del Norte. La directora, Mrs.

Johnson de rostro que parecía tallado en madera, según comentarios de los empleados no estaba muy a gusto con la situación de Blanca, especialmente porque era indocumentada y pensaba que el dinero que se invertía en ella lo podían usar otros niños del condado, como constantemente lo repetía. Sin embargo, Otilia, imperturbable sostenía que era necesario tener paciencia, ya no se le permitió contacto alguno con esa gente ni con el personal de la iglesia donde la habían dejado. Se le consiguió un lugar de refugio o cuidado de jóvenes que tenía un sistema de control y disciplina férreos. Allí se mantuvo prácticamente escondida por unos meses, con estrictas medidas de seguridad y para comunicarse con ella hubo necesidad de usar códigos especiales.

Al llegar a la oficina, Blanca se sintió muy atemorizada lo que le impedía comunicarse con el personal que le tomaría su declaración.

—Todo va a estar bien. —Le explicó... Todos te vamos a ayudar porque te queremos. Recuerda que Otilia va a protegerte y llevarte de ese lugar que tanto detestas. Los agentes la conminaban a hablar de la situación de todo lo que vivió desde que salió de su casa en el país centroamericano hasta que llegó a Indiana, pero no obtuvieron mucha información. Previo a la visita con los agentes, Otilia le sugirió que debía decir todo lo que ella supiera, porque esa era la única forma de ayudarla. Pero la joven no colaboró, sumiéndose en un mutismo total.

Ni siquiera se permitía hacer uso de su verdadero nombre cuando se trataba de personal desconocido o ajeno al entorno. Se le asignó una profesora de español e inglés y además su intérprete cuando era menester, por ejemplo, en citas médicas y otras actividades pertinentes, lo que la mantenía en una constante tensión.

Una tarde salió de paseo al zoológico acompañada de su profesora y brotó entre ellas un diálogo fluido y profundo que le permitió desinhibirse.

—Esto —le dijo a la profesora con los ojos llenos de lágrimas —es lo peor que me ha pasado en la vida.

—¿Por qué? —respondió la profesora inmediatamente.

—Es el momento más desagradable en mi vida. Lamento que mi madre me haya traído en contra de mi voluntad —gritó con fuerza entre lágrimas.

La profesora parecía entender el dolor y la impotencia que embargaban el alma de Blanca. Naturalmente, era complicado y todo indicaba que el camino a tomar iba a que, en el fondo de su corazón, ella le había tomado un profundo afecto a la chica y quería protegerla de cualquier peligro.

Todo resultaba misterioso, intrigante y complicado. Después de muchas reuniones internas en el Departamento de Protección de Niños y la inclusión, en este caso de su representante legal, Karen y, a sabiendas de que la chica inmigrante estaba embarazada, se tomó la decisión de protegerla ante y contra todo. Fue así entonces que por orden de las autoridades y por consenso de sus consejeras y trabajadora social se sacó definitivamente de la casa donde vivía. La mayor incertidumbre radicaba en el futuro de la chica. Había que pensar en todo, incluso en los resultados que diera la investigación por parte del Departamento de Inmigración, aunque se sabía que lo primordial era la protección de la joven, teniendo en cuenta su estatus migratorio, que podría limitar las ayudas financieras que el condado le ofrece a los/las jóvenes en estos casos. Y esto representaba la mayor preocupación para quienes la protegían.

Todo se había convertido en un caleidoscopio que cambiaba de imagen, dejando intacta la situación original. En adelante, el desarrollo de los hechos dependía de lo que Blanca confesara para detectar puntos claves que pudieran encausar la investigación hasta mostrar una probable organización criminal de prostitución infantil.

Las dificultades eran evidentes, especialmente porque se trataba de una menor de edad, de baja estatura, de aspecto vulnerable, menudita y tímida, con sus cabellos peinados en trenzas y tratando de manifestar sus penas, sus calamidades y la dura experiencia de su vida y otras que callaba porque la desgarraban. Asimismo, el lugar y las circunstancias de cautiverio y de privaciones no era lo deseado por la chica indígena, amante de la libertad, del campo; estaba convencida de que la vida cada vez le jugaba una mala pasada.

Además, todos estaban pendientes por saber el verdadero rol que ella desempeñaba en esta particular trama. Se desprendían incógnitas, dudas y presunciones. ¿Sabría ella algo más? ¿estaría encubriendo a alguien? ¿estaría siendo coaccionada, amenazada, presionada y por quién o quiénes? ¿quién era realmente el padre de la criatura que llevaba en su vientre? El misterio era total.

V

Blanca y sus cavilaciones

Esa gente que anda apresurándome para que les hable algo que yo misma no sé. Ay, ombe, es siempre lo mismo, que, si me están presionando, que de quién es el bebé. Ahora estoy tan cansada que ya quiero dormir y no pensar más en nada que tenga que ver con este país del Norte. Y ellos allá en mi país que se creen que yo estoy en un paraíso. ¡Pobrecitos...! No tienen idea de lo que es ser un inmigrante sin documentos ni nada... No saben de lo que se libran. Pero yo no voy a hablar nada con nadie. No me interesa que nadie sepa nada de todo esto. Es todo tan triste y doloroso. Yo ya no puedo más. Ahora tengo tanto frío; cómo me gustaría estar en mi pueblo, no me importa recoger maíz y pasar trabajo, pero estaría con mi abuelita. Ella sí me quiere de verdad.

Claro, tengo tantas cosas materiales, me llevan, me traen, es como si estuviera dándome vueltas todo en mi cabeza. Ahora no quiero ver-

le la cara a ese hombre del hogar de jóvenes, me cae tan mal... Es una persona muy mala, es un diablo. La bruja es peor. Esa gente es macabra. Me da mucho miedo todo. Pero, esa otra gente del Departamento de Protección, ellos son buenos, ellos me quieren bien... Pero, el miedo me paraliza. Y esos hombres que me investigan, no sé cómo se llaman... Algo así como de FBI... Ay, no, si se dan cuenta de algo raro me echan de vuelta. Y, qué hago entonces con el bebé. Ni siquiera sé dónde está el padre. Bueno, a lo mejor, puedo imaginar algo. Pero, ahora, todo parece imposible...

Aaaah, recuerdo aquellos momentos de incertidumbre, la llegada a la iglesia, a esa casa oscura y extraña y cómo pude estar allí tanto tiempo... ¡Qué horror! No quiero pensar en eso, es muy tenebroso.

Ahora me pregunto qué será de mí cuando todo se descubra... ¿Me dejarán en este lugar? ¿me iré a la casa de Otilia? ¿Se enterarán de lo que no está bien y el mundo se hundirá a mis pies? No sé nada. Solo quiero pensar algo positivo, ver un panorama más claro, para seguir el camino del bien. Son muchos, muchos malos momentos. Ya no quiero más dolor. Quiero hablar quiché, mi lengua que tanto extraño... "La utz awach".

Blanca parecía tener un ejército que le seguía sus pasos. Aunque no había nacido en los Estados Unidos comenzaba a amoldarse a ciertas costumbres. La mantenía en vilo el proceder de todos aquellos que la protegían y querían saber todo de su vida. Sobre todo, el por qué y el cómo llegó hasta este lugar. —No entiendo nada, Blanca —dijo Otilia un tanto molesta.

Todo parecía ser un complejo compromiso para ella, pero no para el resto, pues la meta era armar el rompecabezas que significaba su seguridad y su bienestar y, por supuesto, de su bebé también. De tal forma, al encontrarse conmigo, una lluviosa tarde de otoño, se inclinó y casi al

oído me susurró, “Tengo mucho miedo” “Qué suerte tienes de ser libre”.

La miré desconcertada, pues no parecía entender su concepto de libertad y pensé, libertad, cuál... Aunque intuía algo de veneno en sus palabras, traté de consolarla y sacarla de ese estado... y, es necesario que entiendas lo difícil que puede ser la vida cuando llegas a un país desconocido, como yo en estos momentos.

Seguía hablando y continuaba repitiendo casi como una cantaleta, “yo quiero encontrarme con mi abogado”, “no quiero estar encerrada en este cuarto”. En realidad, la situación para la joven era bastante complicada, sobre todo con tantas medidas que se debían tomar para acercarse a ella. Todo representaba peligro para quienes la protegían. Además, era mucha la desconfianza que se generaba con cualquier idea o iniciativa con relación a ella. Esto la hacía sentir aislada y vigilada. Las visitas no eran permitidas sin antes pasar por un exhaustivo protocolo de seguridad,

incluyendo a su profesora y a su asistente. Las salidas eran controladas, lo cual la hacía sentirse como en una prisión.

Toda esta situación le generó una rebeldía interna a la joven inmigrante. Un día llegó la profesora y la encontró en un rincón de su cuarto, casi como escondiéndose...

—¿Qué le pasó a tu pelo? —Le pregunté alarmada.

—Me lo corté. Allí está. ¡No quiero tener nada, nada...!

En efecto, era una parte sustanciosa del pelo que se había llevado de un solo tirón. La chica comenzó a sufrir repetidas crisis de nervios. Se notaba inestable.

Epílogo: Sofía

La llegada de Sofía llenó de una inmensa alegría a Blanca. Desde su nacimiento, la bebé fue como un antídoto que necesitaba para mitigar



el dolor visceral que había sufrido desde cierto tiempo atrás. Sin embargo, cuando le dieron la salida después del parto y se enteró que tenía que regresar al Hogar de jóvenes, esto la deprimió mucho y dormía todo el tiempo sin querer hablar con nadie; entró en un mutismo absoluto. La impresión que daba era de rechazo a su hija, pero en realidad, era su manera de protestar ante la situación compleja para su estado de vulnerabilidad.

Así pasaron varios días de incertidumbre para todos. La preocupación ahora era saber con qué iba a salir Blanca cada día cuando estaba sola en su habitación.

—¿Qué pasó con tus uñas? —preguntó la profesora al verla esconder sus manos detrás de sus libros.

—Nada. Solo que me duelen un poco.

—¿Te hiciste algo? Muéstrame.

—Es que no pude evitar la desesperación y me las mordí.

—¡No puede ser; estás botando mucha sangre...! —Exclamó la mujer.

La chica se había comido todas las uñas hasta hacerlas sangrar. Era cada día un evento diferente. Hasta llegó al extremo de aborrecer la comida del hogar donde ella vivía.

Todos estaban alarmados ante la situación precaria en la que se encontraba la chica. Se intensificaron mis visitas como su profesora de español e inglés, lo que repercutió positivamente en el ánimo de la joven. Este hecho hizo renacer la confianza de la inmigrante, que sintió mi apoyo y que le hizo ver la necesidad de luchar ahora por su hija. Ella seguía desconfiando de todos, incluyendo al personal del Hogar para jóvenes y algunos integrantes del Departamento de Protección...; no se sentía cómoda con nadie, "Lauren no tiene comunicación conmigo". "Cada día es una sorpresa" repetía.

Se le asignó una consejera para practicarle terapias. Blanca comenzaba a sentir el rigor de la ley en la vida que le deparaba su estadía en este país. Las investigaciones seguían sin lograr los resultados esperados y, ante esta situación se abrió la posibilidad de ubicarla en una familia, donde ella tuviera una vida normal.

—Parece que te van a buscar una familia. —dijo Otilia con entusiasmo.

—Sí. Pero, ojalá me manden contigo. No puedo confiar en nadie más.

—¡Vamos a ver qué podemos hacer! —respondió Otilia.

Blanca respiró profundo. —"¡Qué felicidad, qué buena noticia!" ... —"Quiero salir de aquí lo antes posible".

Su vientre crecía y la llegada de la bebé era inminente. Pero, ella sentía miedo y desconfianza de que todo fuera una trampa para quitarle a su hija. Así que ya no confiaba en nadie, en aquellos que convivían con ella en el Hogar de jóvenes. Otro día que la visitó Otilia, le repitió que la sacara de allí... "No confío en nadie, solo en ti" "Tu eres mi ángel".

Cuando llegó la hora del parto, muchas de las personas que le servían de asistentes y apoyo estuvieron allí con ella. Su trabajadora social estuvo presente en todo momento y se aseguró de que ella tuviera todo lo necesario, a pesar de que esto le generó problemas en el trabajo. La impresión que daba era de rechazo a su hija, pero en realidad, era su manera de protestar ante la situación compleja para su estado de vulnerabilidad.

Estaba tan atemorizada, aparte que su instinto indígena rechazaba que tocaran o se acercaran a su hija y, en ocasiones ni comía ni salía del cuarto, para protegerla e igualmente evitaba cualquier roce con la gente del entorno. La profesora, Otilia y Leda, la otra asistente le ayudaban a mejorar su actitud y a calmar su ánimo.

—¡Vamos, Blanca, ¡a levantarte de esa cama! ¡tu hija te necesita! —dijo Leda.

—No quiero saber nada... Tengo mucho sueño... —respondió la joven mujer categóricamente.

Era como si todo estuviera en suspenso, es decir, que, aunque Blanca sobrevivió a la hecatombe, las heridas profundas no se cerraron

nunca. Para la joven mujer, era ver cómo se esfumaba una posibilidad de vida que había soñado y ella se veía impotente ante la cruda realidad, tratando de reencontrarse consigo misma, sentir su espíritu, escuchar voces familiares y enfrentar los viejos fantasmas que según ella era lo único que podía calmar su angustia, entre ellos, la imagen de su abuelita, a la que tanto y genuinamente amaba.